

La mayor parte de los periódicos insertaron en sus columnas una correspondencia de Tetuan, en la cual su autor refiere una conversacion que sostuvo con el alcalde árabe con motivo de la guerra.

—¿Qué opinas tú de la campaña? le dijo.

—Que no debió empezarse, contestó encendiendo el cigarro que le habia dado.

—¿Pues cómo?

—¡Ah! Yo saber que España estar fuerte y valer mucho. Yo saber que no venir vuestras tropas por dinero, sino por triunfar. Yo conocer que los marroquíes perder todas las guerritas que dar á Vds., y que si querer el gran cristiano toda Barbería será suya.

—¿Y cómo no te opusiste á la guerra ejerciendo tu influencia con los que mandaban en Tetuan, Fez y Tánger?

—¿No oponer yo? Saber tú que ir yo cuando llegásteis á Ceuta, y decir al bajá: cristiano estar en nuestra tierra. Tetuan perdido. Hagamos paz; pero el bajá estar ciego, y creer que los suyos eran muchos.

—¿Y que pasó cuando vió que tenias razon?

—¡Oh! ninguno estar aquí para escuchar á mí: todos huir con Muley-Abbas, y yo tener que defenderme contra las kabilas que estar gente muchísimo bruta y sin conocimiento de las cosas de nuestra gente (clase).

Diciendo esto, uno de los concurrentes anunció que, segun se decia, Muley-Abbas se disponia á defender el paso del Fondak.

—¡Ah! ¡Ah! exclamó la autoridad berberina, Muley-Abbas no tiene fuerzas bastantes. Ser sus soldados de los peores, porque los montañeses y rifeños no estar ya por guerra.

—Pero ahora le han llegado ó espera refuerzos de la provincia del Garb.

—Dudar cristiano mucho de los refuerzos. Muley se engaña porque hacer la guerra sin dinero, y esa gente estar por el dinero. Si vais á Fondak, yo sé que con una guerrita chica los hareis huir, y si no parar, llegareis á Taudja (Tanger) que estar esperandoos.

La retreta vino á cortar el diálogo. Cada cual se despidió de sus amigos, dándose las buenas noches.

CAPÍTULO XXVIII.

Carta del Califa Muley-Abbas al general O' Donnell.—Acude el caudillo español á la cita dada por el moro.—No produce ningun resultado favorable á la paz.—Encontrase España fuerte y prevenida.—Tras nuevos triunfos nuevas exigencias.—Ojeada retrospectiva sobre el imperio de Marruecos.—Nace el periodismo en Tetuan al fin de la primeracampaña de Africa.

Cumple á la rectitud y justificacion de los hechos que venimos esponiendo en este libro, no dejar pasar desapercibido ninguno de los esfuerzos que para el restablecimiento de la paz hicieron los parlamentarios marroquíes despues de la ocupacion de Tetuan por el ejército español. El dia 20 de febrero presentóse el intérprete del jefe de las fuerzas enemigas en dicha ciudad siendo portador de una carta para el general O' Donnell. La comunicacion de Muley-Abbas, curiosa é importante por demás, ha sido traducida fielmente al idioma español y la reproducimos en este sitio para conocimiento de nuestros lectores. Dice así:

«¡Loor á Dios!—Al gran califa del ejército español, el mariscal Excmo. señor don Leopoldo O' Donnell.—Hemos recibido la contestacion á la carta que os remitimos con las condiciones que entregásteis á los comisionados míos que pasaron la noche entre vosotros. Las condiciones las traslado al Emperador, quien las contestará tan luego como las reciba y os remitiré su contestacion, QUE ESPERO SERÁ FAVORABLE—Salud: en 20 de Febrero de 1860.—El califa de Marruecos y del Algarbe, Muley-Abbas.»

Al decir Muley-Abbas que esperaba fuese favorable á la paz la contestacion del Emperador, olvidaba sin duda que el Empera-

dor no habia visto tan de cerca como él lo que son los soldados españoles.

El general O' Donnell contestó al jefe marroquí manifestándole lo complacido que le habia dejado su escrito, advirtiéndole al mismo tiempo que si el día prefijado para la contestacion, que era el 23 del citado mes, no habian sido aceptadas sus proposiciones, se consideraba relevado de todo compromiso y en libertad de obrar como le pareciera conveniente. El enviado de Muley durmió aquella noche en Tetuan y al día siguiente salió para su campamento.

A la una de la tarde del mismo día que espiraba el plazo fijado por el duque de Tetuan para responder el Gobierno marroquí á las condiciones de paz dictadas en Madrid, volvieron al cuartel general los mismos parlamentarios que anteriormente se habian presentado, sin mas diferencia que un aumento de acompañamiento de ocho ginetes. Habiendo sido recibidos por el general en jefe, el que hacia cabeza de la diputacion le dijo que Muley-Abbas deseaba el honor de tener una conferencia con él, á cuyo objeto le esperaba á cosa de una legua de distancia sobre el camino de Tánger.

Media hora despues, el general O' Donnell marchaba con su Estado mayor y escolta hácia el sitio designado. Seguian á S. E. los generales Prim, Garcia, Bustillos, Quesada y Ustariz con sus ayudantes. La comitiva marchaba en esta forma: á vanguardia un cabo y cuatro batidores guiados por algunos moros de caballeria de los que acompañaban á los comisionados; en seguida el general O' Donnell, solo, y detrás los espresados generales, mezclados con los comisionados y seguidos por el Estado mayor y ayudantes.

Muley-Abbas habia hecho plantar su tienda al pié de una pequeña colina de la llanura. Un poco mas atrás, sobre la derecha se veian formados unos cien hombres de infanteria con el pobre y sucio traje que usan los árabes, y á su izquierda una línea de trescientos caballos de la guardia negra con alquiceles algo mas vistosos y blancos que los de la infanteria. A cosa de un tiro de bala de la tienda del jefe marroquí, el general O' Donnell se detuvo, mandando adelantar al general Ustariz y al intérprete del cuartel general con un ginete moro. Despues hicieron lo mismo algunos de los comisionados, volviendo al poco rato á decir al general O' Donnell que continuase adelante. El duque de Tetuan se dirigió sin vacilar á la tienda de Muley-Abbas, en la que se

encontraba tambien el Jetib, ministro de Negocios del Emperador, con los demás generales, siguiéndole dos acémilas con algunos refrescos y taburetes para sentarse. Los demás no se movieron de su sitio, escepto un fotógrafo y algunos dibujantes que se acercaron á la tienda para sacar vistas y algunos retratos.

El lugar de la entrevista era una ancha y dilatada vega, limitada á lo lejos por los estribos del pequeño atlas; una vega desembarazada y descubierta por todas partes, falta de árboles, pero no de enanos arbustos y verde yerba. A lo lejos, casi al pié de los cerros que la rodean, divisábanse frondosos bosques de naranjos y olivos, que cercaban por todos lados el valle como una guirnalda inmensa. La noche anterior habia llovido y el terreno estaba pantanoso y fofó; además el agua en esta comarca es abundantísima, y vésele brotar de entre las quiebras de las piedras, de entre los cañaverales que limitan y separan las huertas casi de entre las mismas raices de las plantas.

La tienda de Muley era blanca y estaba sembrada de jarrones negros coronados por una media luna, pintados ó bordados con bastante arte y gusto sobre la nevada lona. Los generales confiaron sus caballos á los moros de á pié, y penetraron en la tienda del príncipe, precedidos de este que se habia adelantado cortesmente á recibirlos, así como un anciano de barba venerable que segun dijeron era el Jetib, y otro personaje tambien de mucha importancia en el Imperio.

El espectáculo que se ofreció á la vista de los concurrentes trajo por un momento á su imaginacion algunos episodios de la *Jerusalén* del Tasso. Aquellos hombres en cuyas manos, como en las del Destino, descansaban la paz ó la guerra, cobijados bajo una debil tela, movida á impulsos del viento, como el corazón de los que abrigaba á impulsos de encontradas afecciones y pensamientos distintos; aquellas numerosas escoltas que permanecian silenciosas y quietas, que se observaban sin recelo pero sin cariño, que no avanzaban ni retrocedian como si las mantuviesen clavadas en su sitio dos fuerzas opuestas pero igualmente poderosas: la esperanza de la paz y el temor de la guerra; aquellos moros con sus blancos alquiceles, con sus turbantes encapuchados, con los variados colores de sus *chilavas*, á caballo unos, y otros sentados sobre la yerba; aquellos escuadrones cristianos que permanecian inmóviles enfrente de esta comitiva, con sus brillantes armas, sus inquietos corceles y sus vistosos uniformes; aquellos campos cubiertos de verdura; aquellos montes empinados, sobre cuyas

sombrias cumbres flotaban nubes no menos sombrías: todo en fin cuanto entraba en la formación del cuadro que se veía, contribuía á darle magestad y grandeza, á traer á la memoria el recuerdo de la gran epopeya italiana, donde se relata la lucha mas poética y acaso la mas civilizadora del mundo, la heroica empresa de las *Cruzadas*.

En esta solemne entrevista, el general O'Donnell habló con enérgica dignidad, esponiendo á la consideración de los que le oían, la verdadera situación del Imperio. Todos los moros que le escuchaban permanecían profundamente conmovidos; pero sobre todo el príncipe, que no apartaba un momento sus espresivos ojos del duque de Tetuan. Muley Abbas es un jóven robusto, de color muy atezado, de rostro vivo, de mirada ardiente, de barba negra y rizada. Es sumamente atento, y hay en su persona un sello de distinción que atrae é interesa. Viste con elegancia pero sin afectación; su voz es grave y sonora, y sus modales tienen cierta tintura europea.

Cuando el general O'Donnell hubo acabado su peroración, tomó la palabra el Jetib y dijo con sentido acento: « Todo es cierto; pero no podemos ceder la *ciudad sagrada* en que habeis entrado. »—¿Y que te importa á tí? exclamó con vehemencia aquel caudillo. Pregúntale si podeis cederla ó no al valiente príncipe con quien hemos combatido, y que ha visto caer á sus pies sus mejores soldados. El te dirá si no será mas prudente ceder ahora, y no cuando sea mas tarde y mayores los compromisos.

El Ministro del Emperador le interrumpió, « que la Europa veria con disgusto esta cesión; esta humillación del Imperio Marroquí. » El duque de Tetuan, con levantado tono, contestó; « que no debia olvidar las leyes de la guerra, y que no creía que el Imperio pudiese compararse en grandeza con el Austria, que despues de una empeñada contienda se habia visto precisado, no solo á ceder una ciudad, sino un Reino con cinco millones de habitantes. »

El príncipe estaba preocupado y afligido; el Jetib, grave y como si á pesar suyo cumpliera con un cargo doloroso; el otro moro que le acompañaba, silencioso y frio.

Seguia empeñada la discusión, cuando Muley-Abbas, en términos muy comedidos y corteses, manifestó al general español, que sentia tenerle que decir que el Emperador no podia consentir en la cesión de Tetuan, y que no admitiria semejante con-

dición interin quedase un moro vivo en el imperio. (*) Al oír esto, O'Donnell se levantó de repente diciendo con entereza al caudillo marroquí, que despues de lo que acababa de oír estaba allí de mas. Entonces Muley se le acercó viendo que se disponia á salir de la tienda, y despues de detenerle con demostraciones de cariño, le suplicó que se sentase, que deseaba hablar mas con él. El general O'Donnell accedió á su súplica. En frases muy significativas, dijo el príncipe al jefe de nuestras fuerzas cuanto sentia el no tener amplias facultades para tratar tan delicadísimo asunto. Añadió que no debiamos juzgar de las fuerzas del Imperio por las que habiamos visto en las inmediaciones de Tetuan, y que quedaban todavia al Emperador numerosas tropas de que disponer.

El general en jefe contestó á Muley-Abbas que no dudaba de lo que le decia, pero que su gente carecia de todo lo que hace fuerte un ejército, y que como el nuestro disponia de todos los elementos de guerra modernos, y de una aventajada instrucción, esperaba alcanzar siempre la victoria. Despues de algunas otras cosas insignificantes, concluyó Muley pidiendo una nueva tregua. Pero, O'Donnell espuso al jefe marroquí que la Reina no le habia autorizado para mas ni para menos de lo que habia hecho, que desde aquel momento ambos quedaban en libertad de obrar; y despues de haber referido algo acerca de las leyes de la guerra tal como están en uso entre las naciones civilizadas, le hizo entender que en cualquiera ocasión, aun en medio de un combate, recibiria cualquier parlamentario suyo y oiria nuevas proposiciones, para lo cual no tenia mas que presentarse con una bandera blanca.

Terminada la conferencia sin avenimiento, Mahomet-el-Ketib se levantó el primero, queriendo retirarse; pero Muley le impuso silencio, manifestándole que á él no le tocaba levantarse el primero; sentado de nuevo, siguieron las negociaciones, aunque inútilmente, hasta que, viendo el duque la dificultad de establecer la paz, se despidió del príncipe en estos términos:

Pues bien: continuará la guerra, y seguiremos triunfando de vosotros: teniais á los españoles por pobres y cobardes, y ya ha-

(*) Se comprende facilmente la tenacidad que muestran los marroquíes en no ceder Tetuan. Existe una conseja en el imperio de Marruecos que dice: « Si un dia entregais á Tetuan, Alá os privará del Imperio y os reducirá á la esclavitud. » Temiendo, como todo pueblo fanático, el cumplimiento de esta profecía, se niegan resueltamente á dimitir dicha ciudad.

beis visto que son ricos y valientes; creiais que el ejército español era pequeño, y yo os aseguro que el acampado en Tetuan no es mas que una parte de la imponente fuerza con que voy á combatir: las costas de mi patria están cubiertas de soldados valientes que solo esperan mis órdenes para venir á Africa, y vendrán sin duda, y nuestras banderas victoriosas se pasearán por todo vuestro imperio, desde Tánger á Fez, y desde Marruecos hasta Rabat.

Entonces vereis hasta donde llega el valor de España, y entonces pedireis de nuevo una paz tardía, porque entonces no habrá misericordia ni perdon para los que no se han convencido á tiempo de su impotencia. Adios, pues, y prosigamos la campaña.

Muley oyó al general O'Donnell con admiracion, y aun asomaron dos lágrimas á sus ojos; pero una mirada imponente de Mahomet le contuvo, y se levantaron por último para separarse, como lo hicieron, volviendo cada cual á su campamento.

El general O'Donnell regresó á Tetuan á las cinco y media de la tarde.

Vamos á reproducir la descripcion interesante que ha hecho el señor Alarcon del califa Muley-Abbas en una carta publicada por un periódico literario de Madrid el 14 de Marzo del corriente año. La áustera figura del hermano del Emperador Marroqui interesa vivamente, y en su rostro aparece marcado el tipo de la verdadera belleza meridional.

«Acabo, dice aquel distinguido escritor, de pasar media hora contemplando á mi sabor á Muley-Abbas, mientras que mi amigo, el célebre dibujante francés Mr. Iriarte, copiaba la magnífica figura del vencido principe. Como una prueba de cariño á mis antiguos lectores, los suscritores de *El Museo*, les mando esa curiosa imágen, la mas fiel y verdadera de cuantas se le inventen al desgraciado emir. Ahora, por si la pluma puede añadir algun colorido á la obra del lápiz, hé aqui la impresion que me ha causado Muley Abbas.

Figuraos un hombre alto, fuerte y recio, pero no grueso: de noble apostura, de distinguido porte y de graciosos modales. Viste el traje talar de su pais: un ropaje amarillo debajo de todo; luego una especie de túnica azul, pero de ese azul muy claro que llaman los franceses *azul de agua*; despues le cubre de pies á cabeza un ondulante y magnífico jaique blanco de delicado merino, cuyos dóciles pliegues delinean la forma del turbante, ro-